

Tuvo ya una gran parte en el cambio de gobierno y en las medidas de que atrás hemos hecho mención, aunque sin otro carácter todavía que el de consejero privado de la reina, y el de ministro de Parma, que era lo que le daba cierto título para asistir á los consejos de gabinete. Pero no podia satisfacer el oscuro papel de consejero íntimo á un hombre de las aspiraciones, del fecundo talento, de la vasta comprensión,

cas de Plasencia.—Juan Rosset, Vida de Alberoni.—Testamento político de Alberoni, atribuido á Mambert de Gousét.—San Felipe, Comentaríos.—Macanáz, Memorias.

El principal biógrafo de este personaje, después de elogiar su talento, su habilidad, y otras prendas intelectuales en que todos están acordes, describe así su carácter y conducta: «Mantiene el puesto á que la fortuna le ha elevado con la gravedad de un grande de España, pero sazonda con aquella astucia tan natural á los italianos, que temple todo lo que la fiereza de un grande tiene de insoportable y ofensivo. En las funciones de su ministerio sostiene todas las prerogativas con una altivez que no le atrae el afecto de los grandes, pero que no nace tanto de él como de su dignidad. Laborioso hasta el exceso... se le ha visto muchas veces trabajar diez y ocho horas seguidas... y de esta grande aplicacion y de su natural inclinacion procede ese alejamiento de toda diversion, de cualquier género que sea. Tan afable con los pequeños como orgulloso con los grandes, siempre está seguro de ganar su afecto cuando le sea necesario. Disimu-

lado como conviene á un buen político, rara vez dice lo que piensa, y casi nunca hace lo que dice... Italiano, y por consiguiente sensible al cruel placer de la venganza, no sabe lo que es perdonar cuando se le ha ofendido, y si la ficción le obliga á dudar, la venganza le obliga á tomarla con mas seguridad y de un modo mas fuerte... etc.»—Prólogo á la vida de Alberoni.

Macanáz, amigo un tiempo, y después enemigo de Alberoni, le retrata con las siguientes compendiosas palabras: «Este abad es vivo, de buen ingenio, ardidoso, adulador, envidioso, avaro, furvo, y en fin, un italiano que todo es menos lo que parece.»

El escritor de su vida hace el siguiente curioso retrato de su físico: «Es de pequeña estatura, mas grueso que delgado; no tiene nada de bello en su fisonomía, porque su rostro es demasiado ancho y su cabeza muy grande. Pero los ojos, ventanas del alma, descubren á la primer mirada toda la grandeza y elevacion de la suya, por subitilo, al cual compaña no sé que dulzura mezclada de magestad, y sabe dar á su voz cierta insinuante inflexion, que hace su conversacion siempre agradable y seductora.»

de las elevadas concepciones y de la grande ambicion de Alberoni. Y conociendo el corazón, los deseos y las pasiones de ambos soberanos, la situacion de la monarquía y sus vastos recursos, la energía del carácter español sabiendo excitarla, las buenas disposiciones del rey á adoptar los planes y reformas que pudieran remediar los males del reino, y á levantar la nacion á la altura de que en los últimos tiempos habia descendido; comprendiendo en fin los elementos de que aun podia disponer, se propuso elevarse á sí mismo á la grandeza de un Richelieu, y volver á la nacion española el engrandecimiento que habia tenido en tiempo de Felipe II. «Si consiente V. M., le decia al rey, en conservar su reino en paz por cinco años, tomo á mi cargo hacer de España la mas poderosa monarquía de Europa.»

Abrióle el camino para sus miras el nacimiento de un nuevo infante de España, que la reina Isabel dió á luz (20 de enero, 1716), y á quien se puso por nombre Carlos, siendo padrinos, Alberoni á nombre del duque de Parma, y la condesa de Altamira, camarera de la reina, á nombre de la viuda de Carlos II. que se hallaba en Bayona.

El nacimiento de este infante, con los derechos eventuales de su madre á los ducados de Parma y de Toscana, dió nuevos celos al emperador, que trabajó cuanto pudo, aunque sin éxito, por vencer la repugnancia del príncipe Antonio de Parma al matrimonio,

para evitar que en ningun caso pudiera la reina Isabel heredar aquel estado; así como avivó las anticipadas miras de la reina respecto á la futura colocacion de su hijo, para cuyos planes parecióle que ningun ministro sería mas á propósito que Alberoni, y fué la causa de darle cada vez mas autoridad é intervencion en los negocios. No se limitaban á esto los proyectos de Alberoni, sino que se estendian á restablecer el dominio del rey Católico en los Estados de Italia, ó usurpados por el emperador, ó cedidos por los tratados de Utrecht. Favorecíale para esto la opresión en que el Austria tenia á Nápoles y Milan, y el descontento de los naturales. Véase por otra parte el emperador obligado á detener los progresos del turco, que tomaba á los venecianos la Dalmacia y amenazaba su mismo imperio; pero no se atrevia á sacar sus tropas de Italia para emplearlas en la guerra contra Turquía, por temor de que entretanto se arrojáran los españoles sobre Italia, y le arrebatáran aquellos sus antiguos dominios: ni se atrevió tampoco á ofrecer á los venecianos el socorro que le pedian, mientras ellos no hiciesen una liga ofensiva y defensiva con el Imperio para defender los Estados de Italia en caso de ser atacados. Por último, á instancias del emperador reclamó el Santo Padre el auxilio de las potencias cristianas para que concurriesen á libertar la isla de Corfú, sitiada y apretada por los ejércitos y las naves del Sultan (julio, 1716). Alberoni, á quien convenia

tener congraciado al pontífice, con el designio que luego veremos, hizo que la córte de España enviara en ayuda de Venecia sus galeras mandadas por don Baltasar de Guevara, con mas seis navíos de guerra al mando del marqués Estéban de Mari. Levantó el sitio la armada turca (agosto, 1716), salvóse Corfú, y el papa quedó muy agradecido á Alberoni.

Estorbábale ya á éste la autoridad que en la córte de Roma y en la de España tenia el cardenal Giúdice, inquisidor general y ayo del príncipe heredero. La empresa de derribar este personage, recién repuesto en la gracia del rey y que á la sazón negociaba con el pontífice, hubiera parecido árdua, ya que no imposible, á un hombre de menos resolucion, y de menos habilidad y recursos que Alberoni. Pero el astuto abate logró persuadir á la reina de que el cardenal encargado de la educacion del príncipe le estaba imbuyendo sentimientos de desafeccion á la esposa de su padre, y aun de poco amor al mismo rey. Bastó esto para que le fuera quitado á Giúdice el cargo de ayo, só pretexto de ser una ocupacion que le embarazaba para cumplir con las obligaciones de inquisidor general, y se nombró ayo del príncipe al duque de Pópoli. Sentido de esta medida el cardenal, hizo renuncia del empleo de inquisidor, que le fué admitida por el rey y por el pontífice, y fué nombrado en su lugar don José Molines, decano de la Rota, que habia tenido á su cargo en Roma los negocios de España desde la sa-

lida del duque de Uceda. Retiróse Giúdice de España, y dejó á Alberoni dueño del poder que él no habia sabido conservar.

Faltaba á Alberoni revestirse de la púrpura cardenalicia, objeto preferente de su ambicion, y esto fué lo que se propuso, siguiendo su sistema de halagar al pontífice. Ofrecíanle buena ocasion para ello las negociaciones pendientes, y de las cuales se hizo él cargo, para arreglar las antiguas controversias entre España y Roma, que tenian cerrado el comercio entre ambas córtes, así como los tribunales de la dataría y nunciatura, y para reanudar las interrumpidas relaciones y ajustar un concordato. Admirables fueron las sutiles maniobras y la fina sauidad con que supo conducir Alberoni este negocio, y de que daremos cuenta en otro lugar al tratar de esta cuestion ruidosa. Mas como quiera que el pontífice difiriese la investidura del capelo, y Alberoni por su parte suspendiera el arreglo de las disidencias con Roma hasta que aquél viniese, este negocio fué causa de que ocurrieran entretanto nuevas y mas graves complicaciones.

El emperador, victorioso del turco, se creyó bastante fuerte para romper el tratado de neutralidad de Italia, y metió sus tropas en territorio de Génova, exigiendo contribuciones á su discrecion y albedrío. El marqués de San Felipe, ministro de España en Génova, insinuó al gobierno de la república que su rey le socorrería con las armas, si queria resistir á las del

emperador y sacudir su servidumbre. Al mismo tiempo vigilaba el emperador de un modo ofensivo á los duques de Parma y de Toscana; trataba con el de Saboya para que le cediese la Sicilia, dándole un equivalente en dinero y algun territorio en Milan; y mientras de este modo iba tejiendo lazos á la Italia, celebraba con Inglaterra un tratado de alianza ofensiva y defensiva, con una cláusula que contenia la garantía de las adquisiciones que cada una de las dos potencias pudiera hacer en lo sucesivo. Recibieron con asombro y con indignacion Felipe V. y Alberoni la noticia de este tratado, cuando precisamente los halagaba la esperanza de contar con Inglaterra para llevar á efecto sus planes sobre Italia. Felipe lo miró como una afrenta y un engaño, y reconvino duramente á Alberoni por su ligereza y su confianza en el tratado último que habia hecho con Inglaterra. Pero nunca estuvo Alberoni ni mas disimulado ni mas sagaz que en la conducta que despues de esta transaccion diplomática observó con los ingleses, fingiéndose su amigo, y despertando alternativamente sus esperanzas y sus temores, suspendiendo la ejecucion del último tratado de comercio hasta neutralizar los efectos del que ellos habian hecho con el emperador. Pocas veces se ha visto emplear un disimulo mas profundo y una destreza mejor combinada, al extremo que el mismo ministro inglés se mostró vivamente interesado en que se diese la púrpura romana á Alberoni, mirándolo como

el término de todas las dificultades, y como el principio del restablecimiento de las buenas relaciones entre España é Inglaterra (1).

Por otra parte los armamentos del turco y los movimientos de sus escuadras inspiraron nuevos y muy graves temores al pontífice, que recelaba volviere á emprender el sitio de Corfú y temblaba por la suerte de Italia; por lo que, á instancias de S. S. se prevenian y armaban fuerzas en España, al parecer, para enviarlas contra el turco y en socorro de los venecianos. Pero ni los socorros eran enviados á Venecia, ni eran invadidos los Estados de Italia que poseía ó que oprimía el emperador, que eran los dos objetos á que podian atribuirse los armamentos españoles, ni entendía nadie los fines políticos de Alberoni, que era quien lo manejaba todo, y con quien todos los embajadores se entendían, sin tener carácter de ministro, ni otro título que la confianza y la influencia que el rey y la reina le dispensaban; lo cual le servia maravillosamente para desentenderse y descartarse con los embajadores de todo aquello que no le convenia conceder, escudándose con las dificultades y la oposicion que fingia hallar en los ministros.

Nadie esplicaba la conducta de este confidente de

(1) Este es uno de los asuntos que trata estensamente William Coxe, en los capítulos 24 y 25 de la «España bajo el reinado de la casa de Borbon.» Allí puede verse en sus pormenores, sacados de la correspondencia diplomática, hasta qué punto fué diestro Alberoni para entretener á los ingleses y desvirtuar los efectos de su convenio con el Austria.

los reyes de España. En vano Francia, Inglaterra y Holanda unidas ofrecian á Felipe V. su mediacion para un arreglo entre España y el Imperio, sobre la base de la reversion de Parma y Toscana á los hijos de la reina Isabel: la proposicion era rechazada por Felipe y Alberoni. Seguian los preparativos militares en España con la mayor actividad, y sin embargo no iban los socorros á Roma y Venecia contra el turco, y por otra parte se mostraba Alberoni decididamente opuesto á invadir la Italia y á hacer la guerra al Austria, contra los deseos del mismo rey don Felipe. Nadie pues podia calcular para qué eran tantos aprestos de guerra.

Sucedió en esto que al venir á España nuestro ministro en Roma don José Molines, nombrado inquisidor general, á su paso por el Milanésado fué preso por el gobernador austriaco, encerrado en la ciudadela de Milan, y enviados sus papeles á Viena, no obstante llevar pasaporte del pontífice y seguro verbal del embajador de Austria (mayo, 1717). Comunicó el marqués de San Felipe al rey este atentado representándole como una nueva y escandalosa infraccion de la neutralidad de Italia, que exigia una declaracion de guerra al emperador. Inflamó en efecto el ánimo del rey la noticia de semejante ultrage, y resentido como estaba ya con el de Austria no pensó sino en vengar tamaña injuria. Mas como encontrase siempre á Alberoni tenazmente opuesto á la guerra de

Italia, pidió dictámen al duque de Pópoli, el cual, penetrando el deseo y la voluntad del rey, como buen cortesano espresó por escrito su opinión favorable á la guerra. Contradijola y la impugnó enérgicamente Alberoni, esponiendo que no tenia España fuerzas para apoderarse de Nápoles ni Milan, ni estaba en el caso de descontentar á Francia y á las potencias marítimas que habian ofrecido su mediacion, y que por otra parte el rey no podía faltar á la palabra dada al pontífice de socorrer á los venecianos ⁽¹⁾. Esto último decíalo Alberoni para que llegára á oídos del papa por medio del negociador de la púrpura Aldrovandi, y tener así entretenido y esperanzado al pontífice. Por lo demás, si el sagaz abate resistia ó no á los proyectos de la guerra de Italia tanto como antes se pretendía exteriormente y por escrito, ó si él mismo la premeditaba y preparaba, y concitaba á ella secretamente al rey, punto es de que algunos dudan todavía á vista de ciertos datos contradictorios que sobre ello han quedado, bien que los que tenemos por mas auténticos nos

(1) «¿Qué dirían los holandeses si vieran semejante agresion (decía el astuto abate al duque de Pópoli), precisamente cuando parecen dispuestos á unirse á España y reconciliar al rey con el emperador? ¿Qué diría Francia, que ofrece decidir á las potencias marítimas á asegurar al príncipe Carlos los Estados de Parma, Placencia y Toscana? ¿Qué diría también Inglaterra, que conoce y apoya este arreglo? ¿Y qué pen-

samiento tan horroroso, señor duque, el de poner á sabiendas á dos soberanos jóvenes y candorosos en tan terrible conflicto! Seamos francos; sería dar ocasion á toda Europa para que dijera que varios *locos italianos* por amor á su pais han incitado al rey á consumar la total desolacion y ruina de España.»—Carta de Alberoni al duque de Pópoli, en la vida de Alberoni escrita en italiano.

inducen á creer no haber sido él el instigador de la guerra, y que al contrario trabajó con afán por evitar el rompimiento ⁽¹⁾.

Al fin vino el capelo y se arreglaron las antiguas controversias entre España y Roma por medio de una convencion, reducida á muy pocos artículos, pero en que quedaban sacrificadas las regalías de la corona de España, concediéndose al pontífice lo que queria, (junio, 1717), y abriéndose de nuevo el comercio entre ambas córtes, corriendo todo como ántes.

Tan pronto como Alberoni se vió investido de la codiciada púrpura, comenzó á obrar con toda libertad y desembarazo, y con una actividad prodigiosa apresuró los preparativos de guerra, enviando á Barcelona al intendente general de Marina don José Patiño, amigo y confidente suyo, para que tuviese prontas las naves y las tropas que en aquel punto se reunian. Nadie sabia el objeto de la espedicion que parecia prepararse, ni Alberoni le revelaba á nadie, y si algo dejaba traslucir era que se dirigia contra el turco, cuya especie no era ya creida. Con mucha política y con muy buenas palabras procuraba desvanecer los recelos y sospechas de ingleses y franceses, lisonjeando á unos y á otros; y cuando toda Europa se hallaba inquieta, Inglaterra temiendo una invasion del pretendiente de

(1) Correspondencia del ministro inglés Doddington.—Historia del cardenal Alberoni en italiano.—Vida de Alberoni, ed. de la Haya.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Hist. Civil, Part. IV.

aquel reino, Austria temblando por Nápoles, el duque de Saboya por Sicilia, Génova por sus mismas costas, el Santo Padre soñando en un golpe decisivo contra los infieles, y España misma disgustada y zozobrosa, vióse partir de Barcelona la armada, compuesta de doce buques de guerra y ciento de transporte, al mando del marqués Esteban Mari, y de nueve mil hombres mandados por el marqués de Lede.

Solo entonces declaró Alberoni que aquellas fuerzas iban destinadas contra el emperador, mas sin revelar el punto á que las dirigia. Ya se habia dado la armada á la vela cuando publicó el marqués de Grimaldo un manifiesto para todos los ministros de las córtes estrangeras, espresando las provocaciones y agravios recibidos del emperador que habian movido al rey Católico á continuar la guerra contra él. El emperador se quejó fuertemente al papa, y pretendia que quitára el capelo á Alberoni y derogára las bulas de concesion del subsidio al rey de España. El papa se indignó contra Alberoni, de quien decia que le habia engañado y burlado á la faz de Europa, mas no hallaba manera de deshacer lo hecho, ni le quedó otro recurso que escribir muy resentido al rey con Felipe, en un breve que se publicó por todas las naciones, pero que al menos por entonces no llegó oficialmente á manos del rey Católico, acaso por industria de Alberoni ⁽¹⁾.

(1) Poseemos copia de esta carta. y Macanáz la inserta tambien á

La espedicion se enderezó contra Cerdeña ⁽¹⁾, que gobernaba á nombre del emperador el marqués de Rubí, el mismo que habia tenido á Mallorca por el austriaco. Los vientos impidieron que la escuadra llegase á tiempo de poder rendir á Cagliari sin resistencia: túvole el gobernador para prevenirse y reforzar la guarnicion, y tardóse algo mas de lo que se creía en conquistarla. Entretanto el marqués de San Felipe, escribiendo cartas por todo el reino, iba trayendo á la obediencia del rey todo el pais abierto, incluso las ciudades, á escepcion de las plazas fuertes y cerradas. Eran éstas principalmente Cagliari, Castél Ara-

la p. 519 de sus Miscelánea (manuscritas), dirigida por Cl. en- te XI á Felipe V., fecha 8 de agosto de 1747; la cual empezaba así: «Muy querido hijo en J. C. salud y bendicion apostólica. No dudando de ningun modo de la seguridad que (mas de una vez) nos tenia dada V. M. de que los navíos de guerra, que con tanta instancia teniamos pedidos á V. M. y los hizo equipar, estaban destinados para socorrer poderosamente la armada cristiana contra los turcos, persuadidos á esto por contribuir á la gloria de V. M. dimos al punto parte de ello en consistorio á los hermanos cardenales de la Santa Iglesia Romana, como tambien de lo que despues se nos participó de parte de V. M. de que estos navíos se habian puesto á la vela para ir á levantar y sostener la causa comun, como nos lo tenia V. M. prometido, cuanto lo deseábamos con ardor por el aviso de que la demas armada (aunque habia defendido vigorosamente la causa del nombre cristiano) aguardaba con impaciencia la union de los referidos navíos, por hallarse muy fatigada de los sangrientos últimos combates dados en el Archipiélago: V. M. mediante lo espresado, puede juzgar el dolor que nos han causado las voces esparcidas después, de que los navíos de V. M. no habian tomado la derrota que nos ha señalado, sino otra directamente contraria á sus promesas. De suerte que la religion cristiana no puede esperar socorro alguno, sino al contrario tener consecuencias muy peligrosas... etc.»

(1) Alberoni solo habia dado conocimiento anticipado de ella al marqués de San Felipe, que como natural de aquella isla podia ayudarle mucho en su recuperacion, y le envió para su gobierno copia de la instruccion que llevaba el marqués de Lede.—San Felipe, Comentarios, tom. II.

gonese y Algeri. Pero todas se fueron rindiendo, no sin trabajo ni fatiga del ejército español, que además de las operaciones de los sitios sufrió las penalidades de largas marchas, expuesto á los maléficos influjos del aire insalubre de aquella isla en medio de los calores del otoño. Sin embargo, á principios de noviembre (1717) se hallaba ya sometida toda la isla; el marqués de Ledesma, después de dejar tres mil hombres de guarnición y por gobernador á don José Armendariz, dió la vuelta con el resto del ejército á Barcelona, y el marqués de San Felipe se restituyó también á su ministerio en Génova. Celebróse en Madrid con gran júbilo la recuperación de un estado que había sido de España tanto tiempo, y este principio se tuvo por feliz presagio de las hostilidades emprendidas contra el emperador (1).

Así, aunque el cardenal no hubiera sido el autor de esta expedición, ni la conquista de Cerdeña fuese por sí sola de grandes consecuencias, despertó por una parte al emperador, que no dejó de reclamar el apoyo de las tres potencias aliadas, por otra alentó á Alberoni á seguir el próspero viento de la fortuna preparándose para mayores empresas. Estos preparativos los hizo con una actividad que asombró á todo el mundo, y en tan grande escala, que nadie concebía

(1) Belando, Historia Civil, P. III. cap. 35 á 39.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Macanáz en varios lugares de sus Memorias manuscritas para la Historia del gobierno de España.—Gacetas de Madrid de 1717.

cómo de una nación poco antes exhausta y agotada, y tan trabajada recientemente de guerras interiores y exteriores, podían salir recursos tan gigantescos. Porque de todo se hacía provision en abundancia; armas, municiones, artillería, tropas, vestuarios, naves, víveres, caballos, todo se levantaba, acopiaba y organizaba con tal presteza, que á propios y estraños causaba maravilla. Hasta los miqueletes de las montañas de Cataluña y Aragon, pocos años antes tan enemigos del rey don Felipe, supo atraer con su política Alberoni, y formar con ellos cuerpos disciplinados: hasta de los contrabandistas de Sierra Morena hizo y organizó dos regimientos. Ni en los tiempos de Fernando el Católico, de Carlos V. y de Felipe II. se aprestó una expedición tan bien abastecida de todo lo necesario y en tan breve tiempo, siendo lo más admirable que para tan inmensos gastos no impusiera al reino nuevas contribuciones; y es que, como dice un autor contemporáneo, nada apasionado del cardenal, quiso Alberoni hacer ver al mundo á donde llegaban las fuerzas y recursos de la monarquía española cuando era bien administrado su erario (1).

Y es que también, además del impulso que supo dar á todos los resortes de la máquina del Estado, y de las severas reformas económicas que hizo en todos los ramos y en todos los establecimientos públicos,

(1) El marqués de San Felipe, Comentarios, tom. II.